



Boceto del Parador de Tejada.
Museo de Néstor,
Las Palmas de Gran Canaria.

Néstor y la revalorización de Gran Canaria

A comienzos de los años treinta Néstor Martín-Fernández de la Torre trasladó definitivamente su estudio a Gran Canaria y se entregó a un proyecto de revalorización de la isla. Subrayó entonces los grandes valores de la naturaleza, el paisaje, la cultura, el folklore, la artesanía y la vivienda de la isla y planteó un ambicioso programa de proyección turística. En el año 1936 ofreció una disertación en la Junta Provincial de Turismo, que significó una síntesis de su ideario. Las palabras de Néstor fueron recogidas en un resumen que se publicó después de su muerte, con un prólogo de Fray Lesco. En homenaje a nuestro gran artista reproducimos, cuando ha pasado medio siglo, este manifiesto que mantiene su vigencia.

La Junta Provincial del Turismo, de Las Palmas, se reunió el 18 de abril de 1936 en sesión extraordinaria, solamente para escuchar a Néstor sobre su tema entonces predilecto, a saber: las orientaciones de lo que pudiéramos llamar política turística en Gran Canaria. Fue aquella amigable conferencia como una síntesis, mejor pensada, de sus frecuentes charlas anteriores. Fue su charla máxima y capital. Se ha tratado de recopilarla en este folleto, que edita la propia Junta.

La preocupación urgente de esta reproducción ha sido la de la fidelidad. Estimo que se ha conseguido doblemente, en el fondo y en la forma. Los habituales escuchas de Néstor, en el café, en el paseo, en la intimidad, espero que han de reconocer su estilo en estas páginas. El escrúpulo de la fidelidad se ha llevado al extremo de respetar algún que otro rasgo que, hoy, a más de dos años de distancia, pudiera parecer anacrónico.

Néstor falleció el 6 de febrero del año pasado, en plena exuberancia de ilusiones y de ideales, con un vasto programa en marcha de "revalorización del país" (valga su frase favorita), que pudo ver realizado en mínima parte. Su desaparición, tan traidora, pareció una catástrofe. Aparte de la honda compasión humana, lo que nos acongojó a todos fue

un sentimiento de desamparo irrestañable, al medir la trascendencia de aquella pérdida. Néstor dejó proyectos, esbozados unos, otros adelantados, pero no sucesión. Nadie podía aspirar a sustituirsele. No podíamos parodiar la frase de pragmática: "El Rey ha muerto; ¡viva el Rey!"

No es esta ocasión para presentar a Néstor como profesional de la Pintura, arte que ocupó lugar eminente en su vida, pero sí como artista integral en todas las manifestaciones de su existencia. Aquel evidente d'annunzianismo de sus cuadros, no imitativo sino connatural, se traducía a ojos vistas en su persona, en sus actos, en sus palabras, con un poder de sugerencia tal que acababa por convencer y arrastrar a los más timoratos.

Con estas armas, Néstor pudo aventurarse a convencer, mejor dicho, a seducir a las masas. Iba en camino de lograrlo. Concebía en grande y siempre mirando al porvenir. Su concepto y su sentimiento del Arte eran prevalentemente suntuarios. Amilanaban sus proyectos; pero, a la postre, los más recalcitrantes acababan por caer en la tentación de la suntuosidad. Y tras una charla ganaba la adhesión y el voto.

Se armó y cruzó así de hombre civil, con bagaje de artista, y pudo con-

cebir la idea de transformar la vida de su isla, Gran Canaria, con un nuevo sentido estético verdaderamente paradójico, pues no era un espejismo de novedad lo que ofrecía, sino, al revés, el remozamiento de los viejos y perennes motivos de belleza que el suelo y las costumbres del país atesoran. Era el suyo un programa totalitario del folk-lorismo, enriquecido a fuerza de una observación infatigable. Alguna vez le oí decir que llevaba catalogadas más de treinta ingenuas industrias populares, netamente canarias, desde los calados hasta las esteras de palma. El número parecía inverosímil; pero era exacto.

Por estos pasos Néstor llegó a ser el tribuno de la "revalorización" de Gran Canaria. Para ello se vio obligado también a fustigar, atacando a fondo los reductos del mal gusto, disfrazados de un falso cosmopolitismo. Llegó el momento en que el propagandista se convirtió en predicador. En este momento le sorprendemos. Su prédica máxima, reproducida en estas páginas, muestra las dos exaltaciones de aquella su oratoria de ocasión: el entusiasmo y el desdén.

Homenaje, lección, testamento: tal es la enjundia del presente folleto que espero sea leído con devoción y difundido con fruto.

FRAY LESCO